COLECCION

DE

DOCUMENTOS INEDITOS,

RELATIVOS

al descubrimiento, conquista y organizacion

DE LAS ANTIGUAS POSESIONES ESPAÑOLAS

EN AMÉRICA Y OCEANIA,

sacados de los Archivos del Reino,

y muy especialmente del de Indias,

POR

D. LUIS TORRES DE MENDOZA.

Abogado de los Tribunales, ex-diputado á Córtes.

CON LA COOPERACION COMPETENTE.

Autorizada por el Ministerio de Ultramar, segun Real órden de 19 de Julio de 1862.

TOMO V.

MADRID,
Imprenta de Frias y compañía, Misericordia, 2.
1866.

Relacion, hecha por Vicencio de Nápoles, del viaje que hizo la armada que Hernan Cortés envió en busca de las islas de la Especieria (1).

Relacion de todo lo que descubrió y anduvo el capitan Alvaro de Sayavedra, el cual salió del puerto de Yacatulo, que es en la Nueva España, á 1.° de Noviembre de 1527, la cual armada fue despachada por el marqués del Valle, D. Hernando Cortés, capitan general por SS. MM., con tres navíos con todos bastimentos y derezos necesarios y artillería de bronce.

Primeramente, el dicho capitan Alvaro de Sayavedra, iba en la nao, nombrada la Florida, con treinta y ocho hombres de tierra y doce de la mar, que son por todos cincuenta. Llevaba tres tiros de fuslera (2) y diez de hierro.

En la nao Santiago iba por capitan Luis de Cárdenas, natural de Córdoba; llevaba cuarenta y cinco hombres de tierra y de la mar; llevaba un tiro de fuslera y ocho de hierro.

En el otro navío, nombrado el Espíritu Santo, iba por capitan Pedro de Fuentes, natural de Xerez de la Fron-

(1) *Coleccion* de Muñoz, tomo XXXVI.

(2) *Fuslera ó fruslera*, el metal que se hace de las raeduras que salen de las piezas de laton, cuando se tornean.

tera; llevaba quince hombres de la mar y de tierra; tiros media docena, de hierro.

El primer dia de Noviembre partimos del puerto de Aguatlanejo, que está en la costa de la Nueva-España; los vientos que nos dieron fueron estos que aquí diremos. Diéronmos los vientos Oeste y Oesnoroeste, y tiramos y hecimos camino al Sud-sudoeste; andaríamos este dia obra de diez leguas.

Otro dia siguiente, corrimos en el mismo viento, y andaríamos otras doce leguas.

Tercero dia, el mismo viento, y andaríamos quince leguas por la misma derrota.

Al cuarto dia, corrimos con el mismo tiempo quince leguas.

Al quinto dia corrimos con el viento Noroeste; hacíamos el camino al Sudoeste. Anduvimos este dia veinte leguas.

Al sesto dia, corrimos con el mismo tiempo; anduvimos veinte é cinco leguas.

El sétimo anduvimos por el mismo viento é por la misma derrota; anduvimos treinta é cinco leguas.

Al octavo dia corrimos al Sudoeste; este dia anduvimos cuarenta leguas; este dia á medio dia se descubrió una agua en la capitana, por popa, por un perno de la quilla, la cual era tanta, que holgábamos media ampolleta, (1) y dábamos dos á la bomba. Esta fué una agua que no

(1) *Ampolleta* llaman los marinos á un relojito de arena, que consta solo de medio minuto; V. *D. Jorge Juan, comp. de la Nav:* —En la Marina habia antiguamente un page de escoba, que tenia cuenta de las ampollitas que pasaban durante la guardia; y luego que tocaba la hora con la campana de la ampolleta, corria hácia la proa, y cantaba así: *Una vá pasada, y en dos muele;*

la pudimos hallar, y amainamos las velas y juntámonos con los otros navíos y fuimos á mirar debaxo de cubierta el dicho capitan Alvaro de Sayavedra. Y buscóse el agua y no se pudo ver por donde entraba, ni se vió hasta llegar á una isla, que se llama Mindanao (1). Llámanla los españoles la Mendaña, y fuimos en ella dos meses y medio. Este dia se platicó con los otros capitanes, el agua que la capitana llevaba, á los cuales pareció que desde allí nos volviésemos á la Nueva-España; y el capitan Alvaro de Sayavedra preguntó al piloto que qué le parecia de aquella agua, y dixo que por aquella agua que no dexásemos de seguir el viaje, y así lo hecimos; y por el trabajo que se pasaba de dar á la bomba, el dicho capitan tomó de los otros navíos la gente de más trabajo, y pasó de la suya á los otros; y los capitanes le dixieron que se pasase en el otro navío que no hacia agua; y él respondió que en aquel navío partió y que en él se habia de perder ó salvar, y ansí seguimos nuestro viaje.

Noveno dia, estaríamos en el altura de once grados; corrimos al Oeste; andaríamos este dia treinta é cinco leguas de zingladura. (1)

El décimo dia, anduvimos é corrimos la misma derrota; anduvimos cuarenta leguas.

---

más molerá, si mi Dios querrá; á mi Dios pidamos, que buen viaje hagamos; y á la que es Madre de Dios y abogada nuestra, que nos libre de agua de bomba y tormentas; y luego decia: *¡Ah de proa!* y la tripulacion de guardia del castillo respondia: *¿Qué dirá?* y mandaba el page rezar un Padre Nuestro ó Ave Maria.

(1) *Mindanao* es la más considerable de las islas Filipinas, despues de la de Luzon: el primer europeo que la visitó fue Magallanes en 1521.

(2) *Zingladura ó singladura* es el camino que hace una nave en el espacio de veinticuatro horas, que ordinariamente comienzan á contarse desde las doce del dia.

Al onceno dia, por la misma derrota, anduvimos otras cuarenta leguas.

Al doceno, por la misma derrota, anduvimos otras cuarenta leguas.

Al treceno dia, por la misma derrota, anduvimos otras cuarenta leguas.

Al catorceno dia, corrimos por la misma derrota, y anduvimos cuarenta é cinco leguas.

Á los quince dias, en la misma derrota, cuarenta leguas.

Á los diez y seis, en el mismo tiempo, treinta é cinco leguas.

Á los diez y siete dias, anduvimos cuarenta é cinco leguas.

Á los diez y ocho, anduvimos cincuenta leguas.

Á los diez y nueve, treinta é cinco leguas.

Á los veinte, andaríamos setenta leguas, por la misma derrota.

Á los veinte é uno, parecióuos tierra y fuimos en busca della toda la noche, al Oes-Noroeste, y por la mañana otro dia, no hallamos nada, y tornamos á nuestra derrota; anduvimos este dia obra de veinte é cinco leguas.

Á los veinte é dos dias, andaríamos en la misma derrota, cuarenta leguas.

Á los veinte é tres dias, andaríamos treinta é cinco leguas.

Á los veinte é cuatro, andaríamos otras treinta é cinco leguas.

Á los veinte é cinco, andaríamos treinta é cinco leguas.

Á los veinte é seis dias, andaríamos setenta leguas.

Á los veinte é siete, andaríamos cuarenta é cinco leguas.

Á los veinte é ocho dias, andaríamos cuarenta leguas.

Á los veinte é nueve dias, se nos descubrió otra agua en la misma nao capitana, por la proa, de un convento falso, y mojósenos un pañol (1) de pan, que tendria hasta setenta quintales, y todo el aceite y el vinagre y otras cosas. Antes que descubriese esta agua, no nos queria gobernar el navío, y dixo el capitan al maestre, que qué era la cabsa porque el navío no gobernaba?, y el maestre le dixo que no sabia la cabsa, y el capitan le mandó que fuese debaxo de cubierta á ver qué era aquello, y él dixo que era tarde, que en la mañana iria y lo veria. Esta misma noche, yendo navegando, no podia gobernar el navío, y porque los navíos nos llevaban en medio, porque no diésemos en ellos ni ellos á nosotros, quedámonos atrás, y diónos un aguacero. El marinero que gobernaba, tomó de luga (2) y atravesó la vela encima de la xárcia; casi estuvimos para zozobrar, y en fin, amainamos la vela. Los navíos pasaron adelante, y con el mucho viento que hacia, en muy poco término desaparecieron de nosotros; y hecímosles muchos faroles y nunca respondieron, y así les perdimos. Nuestro piloto echóse á dormir y no quiso seguir tras ellos, y venido otro dia por la mañana, nos hecimos á la vela por nuestra der-

(1) *Pañol* es cualquiera de los compartimentos que se hacen á proa y popa de los buques, para depósito de víveres y municiones.

(2) *Tomó de luga* está así en la copia de que nos servimos; acaso equivocadamente. El sentido parece indicar que el marinero se descuidó ó equivocó.

rota, y nunca más los pudimos ver, ni rastro dellos; este dia andaríamos treinta é cinco leguas.

Por la misma derrota, y con el mismo tiempo, corrimos otros treinta dias, navegando tambien como los pasados, y en todo este tiempo no vimos tierra ni señal della.

Á los sesenta dias, sábado en la noche, mudamos la derrota y corrimos al Oeste, cuarta en el Sudoeste; esta noche fue calma; anduvimos obra de diez leguas.

Domingo por la mañana, siendo ya de dia, estaríamos una legua tierra; púsosele por nombre á esta tierra, por el capitan Álvaro de Sayavedra, las islas de los Reyes, porque el dia que las vimos era dia de los Reyes. Es un archipiélago de islas, (1) que hay en él, segun que vimos, diez ó doce islas, y dicen estar todas pobladas. Creese que hay muchas más islas, sobre las cuales estuvimos tres dias volteando de una parte á otra, y no surgimos en ninguna dellas, porque es tan hondable, que aunque echamos el ancla, no pudimos tomar fondo. Salieron los indios naturales de aquellas islas á nosotros con unos navíos que ellos tienen pequeños, y no quisieron llegar á nosotros; y visto que no se podia tomar puerto por cabsa de que habia muchos bajos antes de llegar á la tierra, y por el mucho tiempo que llevábamos y no poder surgir en otra parte ninguna, seguimos nuestro camino por la misma derrota.

La gente destas islas es gente crecida, algo morenos, tienen largos los cabellos, no alcanzan ropa, sino de unas palmas hacen másteles y unas esteras. Son tan primorosas las esteras, que parecen de lexos que son de

(1) El de las Filipinas.

oro: con aquellas se cobijan; tienen los hombres barbas como los españoles; tienen por armas unas varas tostadas; lo que comen no se vido, porque no tuvimos comunicacion con ellos. Están estas islas en once grados de la banda del Norte.

Navegamos la noche siguiente; otro dia, á medio dia, dimos con otras islas, de la misma manera, y de la misma gente; metímonos por las islas adentro, para ver si pudiéramos tomar el agua que hicimos, y por la necesidad que teníamos de agua para beber; en las cuales dichas islas, tomamos puerto en una de ellas, la cual estaba despoblada, y saltamos en tierra toda la gente, á buscar agua, y hallamos un xaque, (1) un tiro de ballesta de la costa. Era la isla pequeña, que podia tener de box (2) una legua; estuvimos en esta isla ocho dias tomando agua y leña, y aquí no se pudo tomar el agua quel navío hacia. Obra de tres leguas de esta isla, está una isla poblada, y vinieron la gente della, y allegaron junto del navío, y nunca quisieron conversar con nosotros, y volviéronse á su isla; está esta en once grados.

Despues volvieron los indios, y metiéronse en un banco baxo, media legua de la isleta á donde nosotros estábamos. Allí estarian obra de diez ó seis indios; fué un español por el agua, porque era baxo hasta la rodilla, y llegó á donde los indios estaban, y ellos le esperaron y abrazáronlo, y ellos tomaron mucho plácer con él; y díxoles el español, por señas, que viniesen á la isla á donde nosotros estábamos; y como no entendian, no quisieron

(1) *Xaque*, así: acaso por *zaque* ú odre.
(2) *Box*, lo mismo que circuito.

venir, y se fueron á su isla, y el español se volvió, sin hacello mal ninguno.

É allí tomamos diez y ocho pipas de agua, y otro dia nos hecimos á la vela, con el viento Es-nordeste, la via al Oeste; anduvimos este dia treinta leguas; dexamos las islas á mediodía.

Otro dia, corrimos la misma derrota, y anduvimos veinte é cinco leguas.

Otro dia, fuimos por la misma derrota; andaríamos quince leguas.

Otro dia, nos dió calma; estuvimos siete dias con calmas; de aquí, nos empezó á dolecer (1) la gente, y á cabo de los siete, tornó el misma Es-nordeste, y hecimos nuestro camino al Oeste andaríamos este dia treinta leguas.

Otro dia, hecimos el mismo camino, y andaríamos treinta é cinco leguas.

Otro dia, andaríamos por la misma derrota, otras cuarenta leguas.

Otro dia, andaríamos cuarenta é cinco leguas.

Otro dia, preguntó el capitan al piloto, que qué tantas leguas podiamos estar de la tierra que íbamos á buscar, y el dixo, que estaríamos ciento y cincuenta leguas. Este dia, anduvimos treinta leguas.

Otro dia, andaríamos otras veinte é cinco leguas, con el mismo viento.

Otro dia, dixo el piloto que se hallaba mal dispuesto; andaríamos este dia veinte leguas.

Otro dia, el piloto estaba muy malo, que no entendia en nada; abaxámoslo de arriba á baxo, y hizo testamento, y en acabándolo de hacer, murió. Decíase el piloto

(1) *Dolecer*, por adolecer ó enfermar.

Ortuño de Arango, natural de Portogalete. Este dia, anduvimos quince leguas; este dia, echamos tambien á la mar al herrero.

Otro dia, cayó malo el tonelero, y murió á cabo de veinte dias. Este dia, estábamos en calma; durónos dos dias.

Otro dia, tornó á refrescar el viento Es-nordeste, á la tarde, tres horas antes que se pusiese el sol; anduvimos este dia diez leguas.

Este mismo dia, vimos la tierra antes que anocheciese; toda la noche, estuvimos amainadas las velas, y siendo de dia, fuimos á la vuelta de la tierra, y vimos un muy buen puerto, el cual tomamos á hora de comer; fuimos, y surgimos en él, y echamos la barca en la mar, y fuimos á enterrar á un marinero, que se llamaba Cansino, natural de Palos.

Esta isla era despoblada, y buscando de comer, no hallamos sino marisco; y allí estuvimos veinte é ocho dias, que no osamos salir del puerto, por los grandes tiempos, porque era invierno en aquella costa; esto era en fin de Enero. En esta isla, tomamos agua y leña; está esta isla en diez grados.

De aquí, nos hecimos á la vela, y salimos con Norte, y corrimos al Sur; y esta isla, está obra de una legua de una isla grande, llamada Mindanao, y corrimos por la misma costa della, hasta ochenta leguas, en cinco dias, desde que salimos de la isleta. Y andando navegando por la costa, salió un Rey con un calaluz, que es como un bergantin pequeño, tres leguas en la mar, y llegóse á nosotros á un tiro de piedra de nosotros, á donde nos hablaba por señas, y lo oiamos, y nos decia por señas, que nos fuésemos á tierra, que nos daria agua y arroz y cocos, y esto

en lengua española; y así, nos fuimos tras él, y surgimos en tierra, en una punta, con dos anclas, una al Sur, y otra al Norte, é corríase la costa Norte-Sur. Surgimos despues de mediodía, y llamamos á los naturales, que se llegasen á bordo, y ellos no quisieron llegar; y de que vimos que no querían llegar, tomamos botijas, y se las echamos á la mar, dixiéndoles que nos traxesen agua, y ellos las tomaron, y fueron á tierra, y los truxeron agua, la cual nos metieron en la barca, no consintiendo que entrase hombre en ella, sino desde el navío la botábamos con una lanza, estando la barca amarrada con su cadena, y así tomamos obra de diez botijas de agua.

Otro dia por la mañana, vinieron ellos y mucha gente por tierra, y entre ellos venian muchas mujeres, cargadas con muchachos, y pusiéronse en frente del navío, que estaba de tierra un tiro de ballesta.

Este Rey se llama Catonao, en su lengua; y un yerno suyo, que tambien es Rey, vino en un parol, que es como bergantin, con tres personas y un niño, hijo suyo, en los brazos. Y este se llegó al navío, y entraron dentro, y el capitan los rescibió muy bien, y tomóle el niño de los brazos, y dióles unas cuentas que se llaman avalorio; diéronles de comer y vino, aunque no lo bebió, y estuvo en el navío obra de media hora, y dixo que se queria ir, y fuése á tierra con su suegro, que estaba en tierra. Habia en la costa, segun parescia, obra de trescientas personas.

Esta noche siguiente, vinieron al navío en un caraluz tres ó cuatro hombres, y pusiéronse sobre la boya que teníamos á tierra, y zambullóronse hácia abajo, y tiraron del ancla y la levantaron y subieron encima del caraluz, asida por el amarra, y tiraron della, creyendo

llevar el navío tras sí; y como no lo pudieron llevar, cortaron el amarra, y llevaron el ancla á tierra, y tomaron un bexuco (1), tan grueso como la muñeca, que ternia trescientas brazas, y volvieron á donde habian cortado el amarra, y ataron el bexuco al cable, y volvieron á tierra, y toda la gente comenzaron á tirar por el amarra, para llevar el navío á tierra; lo cual hacian por parecer de tres españoles que ellos tenian captivos, de los que se perdieron de la armada del comendador Loaysa. Y visto que no podian llevar el navío, preguntaron á los españoles que qué era la cabsa que no podian llevar el navío á tierra, y ellos les dixeron que debia tener otra ancla á la mar que lo estorbaba; y ellos vinieron á la proa del navío en el mismo caraluz, y la vela que velaba los vido llegar, y metiéronse debaxo del escoberque del navío, y el capitan habia mandado á la vela, que aunque los indios viniesen, que no les ficiesen mal, y por esto el que velaba, los dexó llegar tan cerca, sin hablalles ni decilles nada. Y estando allí, echaron mano á un alfange que traian, para querer cortar el cabo, y visto aquello, la vela habló, y como ellos vieron que eran sentidos, se retiraron á fuera, riéndose como que hacian burla; y así, se fueron á tierra, que ya era el alba.

Este dia saltó el viento á la tierra y garraba el ancla de tierra, y entonces empezamos á halar (2) por el cable, y halamos todo el cable adentro, y hallámoslo cortado y atado el bexuco en el cable; y entonces vimos estar cortado el cable, y vimos la traicion que querian hacer.

Este dia por la mañana, uno de los españoles que te-

(1) *Bejuco*, especie de junco.
(2) *Halar*, lo mismo que retirar.

nian captivos se les huyó y metió en el arcabuco, (1) y ellos viendo que aquel faltaba, creyendo que se hobiese ido al navío, se fueron todos sin decir nada, y llevárонse consigo los otros dos españoles.

Este español se metió á la costa hácia nuestro navío, debaxo de unas piedras, y desde allí nos llamaba con la mano; y viéndolo del navío, mandó el capitan que fuese la barca á ver qué era, y llegando cerca, el español se echó á nado, y lo tomaron en la barca y lo truxeron al navío. Del cual supimos todo lo sobredicho y otras muchas cosas de la gente y tierra, porque era muy gran lengua; llamábase Sebastian, natural del puerto de Portogal, casado en la Coruña, al cual hecimos los refrigerios que ser pudo, y el capitan le dió de vestir.

Á este español fue preguntado si sabia en qué grados estaba aquella tierra, el cual dixo que el bachiller Tarragona, que vino en el armada del comendador Loaysa, dixo que una bahia que estaba cerca de allí, habia tomado ocho grados. Esta gente se llama célebe; es una gente de muchas traiciones; es gente que alcanzan mucho oro y tienen minas de donde lo sacan, vístense de paños de algodon bueno, es gente blanca y de buena dispusicion, y las mujeres son hermosas, andan en cabello ellos (2) y ellas. Tienen por armas unas espadas, que las llaman alfanjes, y lanzas y flechas y cerbatanas con yerba, que tiran con la boca, puesta la yerba en una saetica de un palmo; tienen por armas defensivas unas corazas, de pescados, y coseletes de algodon muy buenos; tienen tiros de pólvora de bronce, saben

(1) *Arcabuco*, maleza ó bosque.

(2) *Andar en cabello*: ir con el cabello suelto ó flotante.

hacer pólvora, es gente de guerra, y tiénenla unos con otros. Hay entre ellos reyes coronados con sus coronas de oro y piedras de mucho valor; tienen muchos puercos, gallinas y arroz, y otras muchas comidas.

De aquí nos hicimos á la vela con Norte, y allegamos á un cabo que se llama Tacabalua, que está en cinco grados de la banda del Norte; está cincuenta leguas de donde nos tomaron el ancla; anduvímosle en tres dias y pasamos el cabo. Y estando dos leguas adelante de él, al Sur, diónos mucha cantidad de Norte, y amainamos la vela y estuvímonos al reparo; despues saltó el viento al Es-Nordeste, y metímonos por la bahia dentro, y fuimos á parar á una isleta que tenia tres leguas de hox; está poblada tres leguas de la isla grande, y queriendo tomar puerto, echamos sonda y no pudimos tomar fondo; amainamos la vela y fuimos con la barca á tierra; iba dentro el capitan y otros doce hombres, con el lengua. Y en llegando, que llegamos un tiro de piedra de tierra, salieron los indios, obra de cincuenta hombres, con sus armas, espadas y paveses, y el lengua les habló, diciéndoles que no tuviesen miedo, que ellos no iban á hacelles ningun daño, sino á compralles bastimento, y que se lo pagarian; los cuales se espantaron viendo que les hablaban en su lengua, y respondieron que irian á hablallo al rey que estaba media legua de allí, y que traeria la respuesta. Volvieron y dixeron que el rey estaba gotoso, y que venia, y que esperasen, que por su dolencia no podia venir tan presto; el cual llegó y traia consigo su mujer y dos hijas, mujeres y otros dos hijos, hombres; uno de ellos le traia las armas, y traia una armadura de cabeza, de pluma, en la una mano, y en la otra la espada y la rodela, y llegó á la lengua del agua y

se asentó en el suelo en unas mantas que le tendieron, y entonces le habló el lengua y díxole que allí venia un capitan del Emperador de España, y que venia á hacer paz con ellos y á tenellos por amigos y no hacelles ningun mal ni daño; y él respondió que qué querian, y el capitan le dixo que queria bastimento, y que se lo pagaria; y él díxo que no podia dar nada hasta hacer paz con él, y que hecha le daria de lo que tenia. El capitan preguntó al lengua la órden que tenian de hacer paz, el cual dixo que la paz se hacia sangrándose de los brazos, y la sangre que el uno se sacase habia de beber el otro, y el otro la del otro. El capitan le dixo que entrase en la barca, que no tuviese miedo, y él respondió que no queria sino que saltase él en tierra, que lo podian hacer seguramente, pues vian que tenia allí su mujer é hijos; y queriendo el capitan saltar en tierra, viendo que iban con sus armas y á punto de guerra, les dixo que no saltasen con armas, sino sin ellas, que él se temia que lo matasen ó le hiciesen otro agravio, pues entraban armados, y para no podérsele hacer porque él era enfermo y no se podria defender de ellos, que no saltasen en tierra, sino se fuesen á su navío, y que allí él les enviaria todo el bastimento que quisiesen muy al su placer, lo cual el capitan acetó y volvió á su navío; y como en la bahía no habia dónde surgir, por ser tan hondable, no se pudo echar ancla, y estando así, saltó el viento al Noroeste, y fuénos forzoso dar vela y pasar adelante sin poder tornar á hablar al Rey que estaba en tierra; andaríamos este dia diez leguas.

Saliendo de la bahía, dimos sobre dos islas, la una se llama Candiga, y la otra Sarragana, ambas á dos son pobladas; está la una de la otra un cuarto de media le-

gua. Candiga es una isla alta, de un monte redondo, alto, tiene de box tres leguas; la otra es baxa, tiene unos cerros no muy altos, tiene de box cuatro leguas; estará de la isla Mindanao tres leguas; están estas islas cuatro grados.

Tomamos puerto á medio dia, y antes que surgiésemos, salieron los naturales con su caraluz, hasta veinte personas, y entre ellos traian dos españoles, atadas las manos atrás, desnudos en cueros, solas unas bragas; estos eran de los del armada del comendador Loaysa. Y llegáronse al navío, saludándonos los españoles en nuestra lengua, y dixeron: nosotros somos de la armada del Comendador y estamos aquí captivos cinco meses há; los cuales rogaron al capitan que por amor de Dios los rescatase y no los dexase allí. Entonces el capitan les respondió: «Estad seguros que, aunque me pidan todo cuanto yo traigo, con tanto que no sea el navío, yo no os dexaré; hablad á los naturales y decidles cómo yo vengo en nombre del Emperador á hacer paz con ellos, y que querria algunos bastimentos, que se los pagaré muy á su placer.» Y así se fueron á tierra y el navío surgió; y los naturales tornaron á volver al navío despues de surto, con los mismos españoles, y hablaron diciendo que, primero que nada nos diesen, se habia de hacer paz, la cual se hacia bebiendo la sangre como ya es dicho. El capitan les dixo que entrase uno de ellos en el navío é iria un español á tierra, y así se hizo, que fué un español en tierra y quedó un natural dellos en el navío en rehenes, hasta que el español volviese. Y luego otro dia vino el rey é hízose la paz, y truxéronnos mucho bastimento de gallinas, arroz y vino de la tierra y batatas y clavo y canela; por lo cual se les dió mantas y

másteles (1) ricos, de lo de la Nueva-España. Estuvimos tres dias en esta isla, en los cuales rescatamos los dos españoles, por los cuales pidieron por su rescate oro, señalaron bulto de setenta pesos, los cuales el capitan les dió de una barreta que llevaba, fundido y marcado, y tomaron en el navío los dos españoles, y á más les dió por rescate de los dichos, una barra de hierro que ellos pidieron. Y estos dichos españoles nos dixeron cómo los castellanos estaban en una isla que se llamaba Tidore, en una fortaleza, y que tenian guerra con los portogueses; estaban de aquesta isla cient leguas.

Hecímonos á la vela con Norte la via del Sur, y anduvimos cuatro dias, viendo siempre islas pobladas, y llegamos á la isla de Terrenate, donde los portogueses tienen una fortaleza; y á medio dia vimos venir unas coracoras, que son unos navíos que hay por aquella tierra, que eran tres, donde venian cinco ó seis portogueses. La una de ellas se llegó á nuestro navío y nos saludó, preguntando de dónde era el navío, y respondimos que era de España y veníamos de la Nueva-España; y sin más nos hablar ni decir cosa, volviéronse á más andar y se fueron á su fortaleza, que estaria de nosotros diez leguas.

Este mismo dia á la tarde vino á nosotros tres coracoras de la ciudad de Gilolo, donde los españoles del comendador Loaysa tenian una fortaleza, y llegaron á nosotros, y en cada una venia un español; los cuales nos preguntaron que de dónde era el navío, y les diximos que de España, y ellos no nos creian, diciendo que les burlábamos, que éramos portogueses; á los cuales se les

(1) *Másteles*, acaso esté aquí por manteles ó paños.

dixo que mirasen la bandera, que eran las armas del Emperador, y les certificábamos que éramos españoles como lo decíamos, que se llegasen á nosotros y no hobiesen miedo; y habiéndoles hecho todos los juramentos que se podian hacer de que éramos españoles, no lo creian, y con temor se llegó el uno de ellos y entró dentro en nuestro navío, y como se acabó de satisfacer que éramos españoles, llamó á los otros dos y tambien entraron dentro. Y hablando á todos el capitan, supo dellos cómo diez leguas de allí estaba el capitan Hernando de la Torre, con hasta ochenta hombres de los del armada del comendador Loaysa, y luego se partió uno de los españoles á dar mandado y hacer saber nuestra venida al dicho capitan, y quedaron en nuestra nao los otros dos españoles, y las otras dos coracoras con los naturales, fueron á dar mandado al rey de Gilolo, que estaba tres leguas de allí.

Otro dia por la mañana, vimos venir una fusta y diez ó doce coracoras, que la traian remolcando, porque era calma; y estas vinieron de la isla de Terrenate, donde los portogueses están, y se llegaron á nuestro navío. Y viendo los venir, los dos españoles que en nuestro navío habíamos rescibido, dixeron al capitan que aquellos venian para prenderlo, ó echar á fondo el navío, que como hombres que los conoscian, le avisaban que no los dexase llegar, y que les tirase con sus tiros para desviallos, porque llegando cerca, ellos serian señor dél, y él no dellos. El capitan respondió, que no venia para pelear con nadie, ni hacelles ningun daño, entre tanto que ellos no se le hiciesen. Y llegados á nosotros, nos saludaron, y preguntaron que de dónde era el navío, á los cuales diximos, que de la Nueva-España; y el capitan

que en la fusta venia, que se decia Hernando de Vanday, dixo que pasase nuestro capitan allá en su barca, y nuestro capitan le respondió que se embarcase él en la suya y él haria lo mismo, y partiesen el camino, y allí se hablarian; el cual dixo que no queria sino que fuese él á su fusta, y nuestro capitan respondió que no queria dexar su navío; y entonces les preguntó nuestro capitan que si habia algunos españoles en aquella tierra, los cuales respondieron que habia siete ú ocho meses que habia llegado allí una nao de España, y ellos los habian llevado á su fortaleza y dádoles bastimento y carga de especia y enviádolos á España, y lo mismo harian con ellos, que se fuesen á su fortaleza. El capitan les dixo que se fuesen delante que él se iria tras ellos, y ellos dixeron que no se habian de ir sino llevallo consigo. Y visto que no quisimos hacer lo que ellos decian, nos fue requirido que nos fuésemos con ellos, donde no, que el daño que se recreciese fuese á culpa del capitan; y nuestro capitan respondió que si en la tierra no hobiese españoles, que él haria lo que ellos decian, pero que si los habia, que él queria ir donde ellos estaban, pues eran naturales de su reino y á aquello venia él; los cuales dixeron que no los habia en toda la tierra. Entonces dixo uno de los dos españoles á un Simon de Vera: «¿Por qué no hablais verdad?» Y de que ellos esto oyeron, fuéronse cara á popa y mandaron al lombardero que diese fuego á un cañon pedrero que tenian á la proa, el cual dió fuego y quiso Dios estorbar que no saliese, y lo mismo hicieron los otros tiros que nos quisieron tirar, que nunca salieron. Y visto lo que querian hacer, el capitan mandó dar fuego á nuestra artillería, y tirámosles tres tiros, sin hacelles ningun daño, porque como la fusta era pequeña, y esta-

ba muy junto de nosotros, no la pudimos cojer. Y en este tiempo, armóse un aguacero del Sudeste, y tiramos la via del puerto de la ciudad de Gilolo, donde los españoles estaban, y luego, con el viento, los dejamos por popa, los cuales siguieron trás nosotros, y no nos pudieron alcanzar, y así nos fueron siguiendo y tirando tiros, hasta llegar al puerto. Y despues que hobimos llegado, se volvieron los portogueses á su fortaleza, y toparon en el camino un batel, en que venia otro capitan, con gente de socorro y mucha artillería, y volvieron sobre nosotros, y pusiéronse á tiro donde nos podian tirar, y comenzaron á darnos batería, y nosotros á ellos. Quiso Dios que no nos dieron más de un tiro en el mástel mayor, que nos pasaron la vela cogida, y cayó la pelota sobre cubierta, sin hacer mal á nadie. Estarian tres ó cuatro horas lombardeándonos, y estando en esto, venia en nuestro socorro una fusta, que los nuestros tenian, que la enviaba el capitan Hernando de la Torre, y vista por los portogueses, se retiraron huyendo y se fueron á su fortaleza.

Allí donde estábamos surtos, estaba la fortaleza, que tenia la gente del comendador Loaysa, y allí estaba por capitan Hernando de la Torre, natural de Búrgos, el cual tenia hasta ciento y veinte hombres, y dos docenas de tiros de artillería, y aquella fusta que vinó en nuestro socorro. Nuestro capitan y toda la gente de nuestro navío, que serian hasta treinta hombres, saltamos en tierra, y fuimos muy bien rescibidos del capitan y de los demás que allí estaban, de los cuales supimos que habia que estaban allí ocho meses, que habian llegado con la nao capitana sola, y el rey de Tidore los habia rescibido de paz, y dádoles todos los bastimentos que habian menes-

ter, por sus dineros. Este rey de Tidore, que se llama Rajamirr, los recibió en aquel punto, y se favoreció dellos contra los portogueses que le daban guerra, y habian recibido malas obras dél, por estar bien con las cosas de nuestro Emperador; porque muchos dias antes allí habia estado el capitan Espinosa, con una nao de las de Magallanes, y deste nos conoscian y tenian amistad á nuestra España. El dicho capitan Hernando de la Torre, nos aposentó á todos, haciéndonos muy buen tratamiento; estuvimos allí dos meses, dando carena á nuestro navío y aderezándole de todo lo nescesario; donde á dos dias que estábamos surtos, tornaron los portogueses con su fusta y su batel á lombardearnos, y no nos hicieron ningun daño.

Donde á quince dias, tornaron á venir con su fusta, y ellos venian con intencion de lombardearnos nuestro navío, que teniamos en seco para dalle carena, y creyendo que la fusta del capitan Hernando de la Torre no estaba allí, porque así les habia dicho un espía que habian inviado para ello, venian junto á la costa escondidos, para podello hacer más á su salvo; y como fueron sentidos, la fusta se aderezó de gente, y iba por capitan un Fulano de los Rios, natural de Toledo, el cual iba avisado que no se pusiese á lombardear con ellos, por la mucha artillería que solian traer, sino que aferrasen. (1) Y así lo hizo, que llegando á donde lo pudo hacer, abordó con la fusta de los portogueses, y les mató con el artillería y escopetas mucha gente, y al capitan de la fusta, que se decia Hernando Vandal; y muerto el capitan, los demás se die-

(1) Es decir, que se agarrasen ó abordasen á la nave enemiga.

ron, y fue traida la fusta á nuestra fortaleza, y la gente della presa.

Nuestra nao se acabó de adereszar en fin de Mayo, año de 1528; y adereszada, vino un portogués de la fortaleza suya, con una carta para nuestro capitan Álvaro de Sayavedra, la cual era de Gonzalo Gomez de Acevedo, capitan que allí habia poco que habia llegado con docientos hombres y cinco navíos; y por voluntad del capitan D. Jorge de Meneses, luego que esta gente llegó, quisiera venir sobre nosotros á destruirnos, á lo cual se opuso el Gonzalo Gomez de Acevedo, diciéndole que le mostrase mandato del rey de Portogal en que era servido dello, que él lo haria, pero que donde no, que él no lo queria hacer; y en la carta escribia al capitan Álvaro de Sayavedra, que fuese en un parol, y que él vernia en otro para que se hablasen; y esto no tuvo efeto, por muchas razones que Hernando de la Torre daba, por donde se estorbó.

Visto por nuestro capitan estar adereszada la nao, se determinó de embarcar, y adereszó su matalotaje y lo nescesario, y el capitan Hernando de la Torre, dió obra de setenta quintales de clavo, de lo que tenia del Emperador.

Estando para embarcarnos, un Simon de Brito, portogués, que allí estaba con Hernando de la Torre, que de su voluntad allí se habia venido, dixo á nuestro capitan que él queria venirse con nosotros; y como nuestro piloto se nos habia muerto, y este nos dixeron que lo era, y por ruego de Hernando de la Torre, el capitan holgó dello. Y otros cuatro portogueses de los que se habian tomado en la fusta, tambien los rescibió, y se los asentó su sueldo; y ansí nos embarcamos hasta treinta hombres, y nos hecimos á la vela á 3 de Junio del dicho año.

De allí salimos con Sudoeste, y corrimos al Es-Nordeste, y anduvimos tres dias; y al cabo dellos, nos dieron calmas, la cual tuvimos veinte é cinco ó treinta dias, y tornónos á dar un poco de tiempo, con el cual anduvimos obra de doscientas é cincuenta leguas, que llegamos á una isla, que se llama la isla del Oro; aquí tomamos puerto. Esta es una isla grande y muy poblada de una gente negra, los cabellos crespos, desnudos; tienen armas de fierro y espadas, y estos nos daban de comer, por nuestro rescate, gallinas y puercos y arroz y frísoles, y otras comidas muchas; estuvimos allí treinta y dos dias, por no tener tiempo para navegar.

Y estando para hacernos á la vela, este Simon de Brito, y los otros cuatro portogueses, estando nuestro capitan en tierra, se metieron en la barca, diciendo que iban á la isla, los cuales se hicieron á lo largo de la mar, la vuelta de donde habiamos venido, y nos llevaron la barca, sin poder estorbárselo los del navío ni los que estaban en tierra.

Visto por el capitan que la barca y aquellos se habian ido, hizo una balsa, y se fué al navío con la gente que con él estaba, y acordó de hacerse á la vela, y así lo hizo; y de allí corrimos con Sur, y corrimos al Este catorce leguas á una isla, por la cual corrimos cient leguas por islas, que habia muchas, y surgimos en un isleo poblado; y los naturales de allí salieron en unos paroles á nosotros, dos leguas en la mar, á flecharnos. Esta es una gente negra, desnudos y feos; estuvimos allí tres dias, y aquí tomamos tres indios, y los metimos en el navío, y nos hicimos á la vela, y corrimos obra de docientas é cincuenta leguas, hasta dar en otras islas, pobladas de gente blanca, barbados, los cuales salieron en

sus paroles á nosotros con hondas y piedras, amagando para tirarnos, y así se tornaron á su isla: esta isla está en siete grados.

Desde allí, corrimos al Norte y Nor-Noroeste hasta llegar en catorce grados, y allí nos dieron vientos contrarios Es-nordeste muy récios, tan forzosos, que nos fue necesario arribar la vuelta de donde habíamos venido. Y con este tiempo corrimos fasta una isla, que está trescientas y ochenta leguas de Maluco, que es una de las islas que se llaman de los Ladrones, y no la podimos tomar; pasamos de la banda del Sur della, y corrimos al Oeste, hasta la isla de Mindanao. Llámase aquella costa Vizaya, nombre de los naturales de la tierra. Y de allí fuimos á Sarragan, á donde habíamos dexado un español, cuando por allí pasamos, que estaba malo. Allí tomamos puerto, y estuvimos dos dias, esperando indios, que nos diesen agua y nos dixesen del español; los cuales vinieron, y nos dixeron que el rey no estaba allí, y que se habia llevado consigo al español; y mentian, que lo habia vendido, lo cual supimos despues en Malaca, del mismo español, que estaba allí, que se decia Grijalva. Y como no teníamos barca, ni remedio con que tomar agua, ni los indios nos la quisieron dar, tiramos nuestro camino hasta ir á reconocer las islas de los Mehao, que están veinte leguas de las islas de Maluco, y de allí, nos fuimos á la isla de Tidore, donde habíamos salido la primera vez. Allí hallamos á Hernando de la Torre, con la gente que antes tenia, y aquí tomamos puerto. Llegamos por el mes de Otubre, del año de 528, y tornamos á varar la nao, y dar carena, y mudar el plan, en lo cual estuvimos seis meses.

Aquí hallamos á Simon de Brito, y uno de los que

con él nos huyeron con la barca, el cual habia dicho quel navío y todos nosotros, nos habíamos perdido, y él se habia escapado en la barca; contra él procedió el capitan Hernando de la Torre, y lo sentenció á hecho cuartos, y el otro á ahorcar, y así lo hizo.

De aquí nos tornamos á hacer á la vela, á 8 de Mayo, y salimos al Es-nordeste, y anduvimos por el mismo camino que primero habíamos hecho, por las mismas islas, y llegamos donde habíamos tomado los tres indios ya dichos; los dos dellos, á la vuelta, se nos habian echado á la mar, y el otro truximos hasta allí, y allí lo echamos en la misma isla donde lo habíamos tomado, el cual iba cristiano y ladino de nuestra lengua, el cual se echó para que dixese á los indios qué gente éramos, y que truxesen algun bastimento, que se lo pagaríamos, y por no echar la barca fuera, y porque él se atrevió á ir á nado, el capitan lo echó á nado por su voluntad; y los naturales de la isla vimos que lo mataban en la mar, y él nos daba gritos, y en fin, lo mataron. Y hecimonos á la vela, tirando nuestro camino al Es-nordeste, y obra de docientas é cincuenta leguas, hallamos otras islas pequeñas; la una dellas ternia cuatro leguas, y las otras cuatro, ternian á legua cada una, todas pobladas de gente morena, barbados, desnudos, con unos manteles de palmares.

Aquí salieron á nosotros en un parol, cuatro ó cinco indios, y se allegaron tan cerca de nosotros, que nos hablaban, y por señas nos parescia que decian que amainásemos, y uno de ellos nos tiró una piedra muy récia, que nos dió en un costado del navío, á la popa, y nos hendió la tabla en que dió el golpe. El capitan mandó armar una escopeta, y que les tirasen; no les acertaron, y así, se fueron á su isla, y nosotros nuestro viaje.

Estas islas están en siete grados, y de donde partimos, mill leguas, y desta Nueva-España, otras tantas.

De allí, corrimos al Nordeste, y anduvimos ochenta leguas, y hallamos otras islas baxas, y en una dellas surgimos; y estando surtos, alzamos una bandera, y vimos gente, y llamándoles con la bandera, vinieron á nuestro navío seis ó siete paroles, y surgieron por proa de nuestro navío, y el capitan se puso á la proa, y les echó una manta y un peine, y ellos la tomaron; y en tomándola, se llegaron á bordo, y entraron todos dentro, que serian hasta veinte hombres, y entre ellos una mujer, que se creyó ser hechicera, la cual ellos traian para que les dixese qué gente éramos, segun lo que la india con cada uno de los que en el navío estaban hacia, de tentarnos con sus manos. El capitan les hizo todo buen tratamiento, y les dió de lo que en el navío traíamos, y con ellos nos hecimos amigos, por manera que un español se atrevió á ir con ellos á tierra, y así fué; y en saltando en tierra, luego vinieron los señores de la tierra á hablar con el español, y lo llevaron consigo á sus casas, que son grandes y cubiertas de palma. Esta gente es blanca, y pintados los brazos y cuerpo, y las mujeres son hermosas, y los cabellos negros y largos; andan cubierto todo el cuerpo con unas esteras, muy delgadas y primorosas, y andan descalzos. Tienen por armas varas tostadas, y por mantenimiento cocos y pescado; esta isla será de una legua; allí saltó en tierra el capitan y toda la gente, y saliéronlos á recibir los hombres y las mujeres, con atambores y cantando, y el capitan se asentó en un bohio con el señor, el cual, entre otras cosas que al capitan preguntaba, le preguntó que qué era una escopeta que vido, y por señas se le dió á entender lo que era; dixo

que la tirasen, y por hacelle placer, la mandó el capitan tirar, y fue tan grande el temor que todos tuvieron de oilla soltar, que todos cayeron en tierra amortecidos, y temblando el señor, y toda la gente comenzó á huir fuera de los bohios, por los palmares adelante, y el señor y otros estuvieron quedos, aunque bien asombrados. Y salido de allí él y toda la gente, que serian hasta mill ánimas, se embarcaron en sus paroles, y se fueron á una isla tres leguas de allí; nosotros nos estuvimos quedos, sin hacelles ningun daño. Y por mal dispuesto el capitan, estuvimos ocho dias en la dicha isla, en los cuales tornaron á venir los indios, y nos ayudaron á tomar diez y ocho pipas de agua, y nos dieron dos mill cocos, y hacian todo lo que nosotros les mandábamos; estas islas están en once grados de la banda del Norte de la línia.

De allí nos partimos con Es-nordeste al Norte, y anduvimos hasta ponernos en veinte y seis grados, y aquí nuestro capitan murió; y al tiempo de su fin é muerte, llamó toda la gente, y á todos rogó que navegasen hasta treinta grados, y que puestos allí, si no hallasen tiempos con que venir á la Nueva-España, que se volviesen á Tidore, y diesen el navío y todo lo que en él iba, al capitan Hernando de la Torre, para que hiciese lo que fuese servicio de Nuestro Señor y del Emperador; señaló por capitan á Pedro Laso, natural de Toledo, el cual murió dende á ocho dias, y quedaron por principales, maestre y piloto. Y así corrimos hasta ponernos en treinta y un grados, siempre con vientos contrarios, y como allí no hallásemos tiempo que nos ayudase, fuénos forzoso arribar por donde habíamos venido.

Desde los treinta y un grados, corrimos al Oeste, hasta llegar á una isla de los Ladrones, y allí tomamos

puerto; en los treinta y un grados, nos hallábamos de las islas de Maluco mill y docientas leguas, y de la Nueva-España otras mill leguas; en esta isla, estuvimos un dia tomando algun refresco, y allí perdimos un ancla.

De allí nos hicimos á la vela la vuelta de Maluco, y anduvimos hasta la isla de Visaya, y no la pudimos tomar; pasamos de largo, y fuimos á las islas de Taraole, que están de Maluco ciento y veinte leguas; y nunca pudimos tomar fondo, y por esta cabsa, nos pasamos de largo, y fuimos á la isla de Gilolo, y de allí á Zamafo, que es en la misma costa de la isla, y allí surgimos en el puerto.

Á este puerto llegamos en fin de Otubre, y allí hallamos al capitan Hernando de la Torre, el cual habia perdido la fortaleza de Tidore, que se la habian tomado los portogueses. Al cual se le entregó el navío, con todo lo que en él iba; y el capitan se entró en él, y así del navío, como de la ropa y hacienda que de nuestro capitan iba, se hizo cargo.

Toda la gente que en el navío iba, que seria hasta diez y ocho hombres, saltamos en tierra, y visto que el navio se perdió de broma, (1) y que los que allí estaban pasaban mucho trabajo con la desórden que habia, nos desbaratamos unos á Malaca, y otros quedándose allí. Los que fueron á Malaca, fuimos presos por el capitan D. Jorge de Castro, el cual nos mandó que no saliésemos, ni nos dexasen salir de allí, donde estuvimos dos años y

(1) Ya hemos dicho en otro lugar de esta Coleccion y recordaremos ahora que *broma* es una especie de caracol, de figura cilíndrica y serpenteada, el cual horada y penetra la madera de los buques tanto, que á veces inutiliza la quilla.

medio; y de veinte hombres que allí fuimos, no escaparon sino nueve personas, y hasta que del rey de Portogal vino mandado que nos dexasen ir, nos tuvieron allí.

El autor de todo lo dicho, es Vicencio de Nápoles, el cual partió en la dicha armada de la Nueva-España, y anduvo en todo lo dicho, y vino á Portogal, y de allí á España, y fué á la córte de S. M. y hizo relacion de todo el viaje; y pidiendo ayuda para su trabajo, le mandaron dar catorce ducados, y estas fueron las mercedes de los del Consejo.

Todas las relaciones y padrones de toda la navegacion, tomó el gobernador de la India, Nuño de Acuña, á Hernando de la Torre, porque habian quedado en su poder.

Este hombre que se dice Grijalva, que atrás diximos haber dexado en una isla, y no se aclaró, quedó por olvido, y pasó de esta manera:

Al tiempo que íbamos en nuestra navegacion para las islas de Maluco, llegamos á la isla de Sarragan, que es en el archipiélago; está de Maluco, obra de ciento veinte leguas; en esta isla tomamos puerto, y estuvimos tres dias contratando con los naturales, comprando bastimento de gallinas y puercos y arroz, porque tienen cantidad dello. Este Grijalva iba muy doliente, tanto, que se creia no escapar; él pidió al capitan, que por cuanto él estaba para morir, se le hiciese merced de dexar en aquella isla; y viendo que estaba muy malo, el capitan lo dexó al gobernador de aquella isla, rogándole por la lengua que llevaba, que le curasen y tratasen bien, y los naturales respondieron que lo harian, y así, se partió el navío.

Este español estuvo allí en la isla ocho meses, y el

gobernador della lo vendió al rey de la isla de Mindanao; y allí estaban otros dos españoles, de los que se habian perdido de la armada del comendador Loaysa, lo cual se supo en Malaca, y el gobernador, Garcia de Sá, escribió al rey de Borneo, que tres españoles que estaban en la dicha isla en su poder, los enviase á Malaca; y este rey habló á los españoles, diciéndoles que de Malaca enviaban por ellos, que si ellos se temian de ir allá, que no los enviaria, y que si querian ir, que les daria en qué fuesen; los cuales fueron á Malaca, que hay desde aquella isla hasta Malaca docientas leguas, y en Malaca vimos á estos españoles, de quien se supo lo sobredicho.

Esta isla de Borneo, tiene de box más de ciento ó cincuenta leguas; (1) en ella están moros y gentiles; tienen guerra los unos con los otros; están amigos con los portogueses, pero no les contribuyen de cosa ninguna, mas de contratacion que tienen con ellos en compralles canfora, que hay mucha cantidad, y esclavos, que los venden.

(1) La isla de Borneo, situada en el mar de las Indias, es la mayor del globo, despues de la Nueva Holanda.